

¿Cuál es la obra de la iglesia?

Dub McClish

Introducción

Hace varios años, una familia visitó la asamblea matutina del Día del Señor donde yo predicaba. Después de conversar con ellos, hicieron algunas preguntas: “¿Qué tipo de programa tienen para los adolescentes? ¿Los llevan a esquiar y tienen otras actividades similares para ellos? Fue su primera y última visita. No les gustó mi respuesta: que nuestro “programa” para adolescentes era su participación en el estudio bíblico y en la adoración y en las diversas buenas obras de la iglesia local en las que alentamos a participar a miembros de todas las edades.

La actitud manifestada por las personas citadas anteriormente se ha vuelto cada vez más frecuente a lo largo de los años. Si se distribuyera un cuestionario a miembros de la iglesia de cuarenta años o menos, pidiéndoles que describieran en pocas palabras la obra de la iglesia de Cristo, me da miedo pensar en los resultados. ¿Cuál es exactamente la obra de la iglesia que Jesús edificó? (Mateo 16:18).

La naturaleza de la iglesia

La naturaleza de cualquier institución determina su trabajo. Si queremos comprender la obra de la iglesia dada por Dios, debemos comprender su naturaleza. Al igual que millones de personas hoy en día, Poncio Pilato no “entendió” cuando el Señor describió la naturaleza del reino sobre el cual reinaría: “Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí” (Juan 18:36).

Cuando leemos Su declaración, nos encontramos con una sola palabra que describe adecuadamente la naturaleza del reino de Cristo: *espiritual*. Tenga en cuenta que no es una entidad política con un ejército permanente, como las Legiones de Roma, al servicio de Pilato. Si Su reino hubiera sido de esa especie, Su ejército habría evitado que Él fuera arrestado en primer lugar.

No, Su reino se originó en otro mundo y no fue concebido ni establecido por los hombres. Este reino, la iglesia que Jesús edificó, se originó en la mente de la Divinidad Trina en la eternidad (Efesios 3:9-11). En última instancia, se relaciona con otro mundo más que con este. La iglesia es una institución espiritual.

Pablo también nos da una idea de la naturaleza de la iglesia: “Porque el reino de Dios no

es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17). Afirmó que el reino no gira en torno a los deseos físicos, ni siquiera de las necesidades de los hombres. Más bien, la iglesia tiene que ver con verdades espirituales. Es una entidad espiritual por naturaleza.

Los hombres han corrompido la religión hasta el punto de hacer que sus versiones falsificadas de la iglesia sean todo **menos** la institución espiritual que Cristo estableció. No es una institución política, comercial, filosófica o meramente social. Aunque la membresía fiel en la iglesia del Señor contribuye en gran medida a la salud física y emocional, su naturaleza se relaciona sólo de manera secundaria con estos beneficios. Es más bien un cuerpo espiritual que se relaciona y satisface la estructura y las necesidades espirituales del hombre.

La obra de la iglesia ejemplificada

¿Por qué el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros? El Señor y Sus portavoces inspirados son claros: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10; cf. Juan 10:10; 12:47; 1 Timoteo 1:15; et al.). Él siempre tuvo sus ojos puestos en la cruz y su horror. Él se sometió voluntariamente a ello, sabiendo que era necesario que cumpliera la obra que lo trajo a la tierra. Por eso, sus últimas palabras mortales fueron: “Consumado es” (Juan 19:30). La ejecución del plan Divino de redención humana, la obra que Él vino a hacer, ya estaba terminada.

La iglesia es el cuerpo espiritual de Cristo (Efesios 1:22-23; et al.). La obra que Jesús hizo en Su cuerpo físico señala la obra en la que debe participar Su cuerpo espiritual. Así, la obra de ambos es una sola: “buscar y a salvar lo que se había perdido”. Si bien esperaríamos que pocos miembros del cuerpo del Señor contradijeran verbalmente la conclusión anterior, muchos la contradicen fuertemente en la práctica.

La obra de la Iglesia implicada

Además de la implicación anterior de la obra del cuerpo espiritual del Señor, la gran comisión implica la misma conclusión. Jesús no instruyó a los apóstoles (y a nosotros a través de ellos) a ir a todas partes y a todos los hombres, prometiendo libertad de miseria, enfermedades y lesiones si sólo se convirtieran en discípulos de Jesús. No, más bien les dijo que predicaran el evangelio salvador para que los hombres pudieran creerlo, ser bautizados y ser salvos de la culpa de los pecados pasados, no de “problemas sociales”, al estilo del “evangelio social” (Marcos 16:15-16; Romanos 1:16-17). Si bien la obra de predicar el Evangelio requiere trabajo físico y el gasto de recursos materiales, no deja de ser una obra completamente espiritual, dirigida directamente a la naturaleza espiritual y las necesidades de los seres humanos, que sólo se satisfacen en Cristo (Juan

14:6). Por tanto, la gran comisión implica que la obra de la iglesia, como su naturaleza, es espiritual. Además, la gran comisión establece explícitamente cuál es esa obra espiritual de la iglesia: **predicar el Evangelio al mundo entero**.

“Benevolencia” y “Edificación”

Los hermanos generalmente identifican la “obra de la iglesia” como evangelismo, benevolencia y edificación. Esta respuesta tiene mérito, porque a la iglesia apostólica se le ordenó (y lo hizo) participar en estas tres actividades. Sin embargo, nuestra lista puede tender a implicar que estas tres áreas de trabajo merecen igual énfasis, conclusión que no está respaldada por las Escrituras.

Algunos se apresuran a señalar los numerosos actos “benevolentes” de nuestro Señor como ejemplo para Su cuerpo espiritual. Sin lugar a dudas, su compasión le hizo sanar toda clase de enfermedades, deformidades y discapacidades y alimentar a miles de oyentes hambrientos. Aunque de ninguna manera deseamos minimizar la motivación de Su compasión, había un propósito más profundo y noble detrás de todas las señales y maravillas de Jesús que aliviar malestares o necesidades temporales. No tenemos que limitarnos a suponer lo que fue:

Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre (Juan 20:30-31).

El propósito fundamental del Señor—incluso el de aliviar el sufrimiento físico—obviamente iba más allá de esa necesidad inmediata. En verdad, vino para aliviar a los hombres de la peor “enfermedad” de todas: el pecado, que causa no sólo sufrimiento temporal, sino, si no “cura”, ruina y tormento eterno. El verdadero objetivo de las poderosas obras de Jesús fue demostrar que Él era el Cristo y que podía redimir a los hombres de sus pecados.

Dios hizo todo tipo de obras poderosas y bendijo a la humanidad de muchas maneras a través de varios hombres y/o ángeles antes de que Su Hijo viniera a este mundo. El Verbo Preencarnado podría haber continuado tales maravillas sin dejar jamás el Cielo. Sin embargo, la bendición suprema para todas las familias de la tierra, prometida a Abraham a través de su descendencia (Gálatas 3:16), no podía ser cumplida ni por un simple mortal ni por un ángel. Esta única cosa, la redención del hombre, es lo que requirió que la Deidad se hiciera carne. Claramente, los actos de “benevolencia” física que realizó el Señor fueron secundarios y apoyaron Su obra principal: salvar a la humanidad del pecado.

En estos énfasis relativos de nuestro Señor seguramente hay instrucción para nosotros.

Predicar el Evangelio y buscar a los perdidos es la obra primaria y fundamental de la iglesia. ¿Debería la iglesia ayudar a los indefensos con sus necesidades físicas según tenemos oportunidad y capacidad? De hecho, deberíamos (Gálatas 6:10; Santiago 1:27; et al.). Sin embargo, nunca debemos perder de vista la ayuda espiritual más importante que podemos brindar a sus almas a través del Evangelio. De manera similar, la obra de la iglesia de edificarse a sí misma en amor - edificación (Efesios 4:16) - no es meramente lograr un crecimiento numérico o incluso aumentar el conocimiento de las Escrituras o la madurez espiritual como fines **dentro de sí mismos**. Más bien, el gran objetivo **práctico** de edificar una iglesia para que sea fuerte debería ser una capacidad cada vez mayor de predicar el Evangelio salvador a más personas.

Dejando el verdadero trabajo

Si algunos se salieran con la suya, *con sus filosofías de ministrar al hombre integralmente y satisfacer las necesidades* en la religión, harían de la provisión de las necesidades físicas y sociales de los hombres la obra principal, si no la única, de la iglesia. Peor aún, algunos quieren que el entretenimiento y la recreación sean la obra del cuerpo del Señor. Mi primer trabajo después de la universidad en 1959 fue servir como predicador en una congregación grande. Una Iglesia Metodista cercana, tenía un gimnasio en el sótano. A mis ancianos donde yo trabajaba, se les podría haber torturado y ellos no habrían construido tal edificio, entendiendo correctamente que no había manera de justificar tal uso del dinero del Señor. Hace unos años, esa misma congregación construyó su propio gimnasio. Ah, pero lo llaman su “centro de vida familiar”. Sin embargo, cuando veo un edificio con un techo muy alto, porterías de baloncesto, postes de red para voleibol y un piso marcado con líneas divisorias para varios deportes, perdónenme por llamarlo “gimnasio”.

Cuando una congregación comienza a recorrer este camino, se encuentra en una típica “pendiente resbaladiza”. Un síntoma generalizado de este problema es la serie aparentemente interminable de excursiones de placer patrocinadas por la iglesia para personas mayores y adolescentes. Soy tan partidario como cualquier otro de pasarla bien y ver bonitos paisajes en compañía de buena gente. Felicito a los cristianos que planifican y pagan (de su propio bolsillo) tales salidas. Sin embargo, ¿por qué la iglesia del Señor debería pagar el salario de alguien que pasa gran parte de su tiempo planificando tales excursiones de placer, realizadas en un autobús o camioneta que es propiedad de, operada, y cargarla de combustible por la iglesia? Se necesita poca imaginación para ver qué énfasis tan pervertido está enseñando a los jóvenes sobre la obra de la iglesia.

¿Puede alguien imaginarse al apóstol Pedro encargarle a algún hermano en Jerusalén la planificación de un viaje turístico de tres días a Tiro y Sidón en carros propiedad de la iglesia? Intente imaginarse a Timoteo planeando un retiro de esquí de fin de semana en el Monte Olimpo para los “adolescentes entusiastas” de Éfeso. ¿Consideró Pablo alguna vez recibir una contribución de las iglesias del área gentil para construir un “centro de vida familiar” para los pobres en Judea? Tales sugerencias son ridículas en el mejor de los casos y blasfemas en el peor. Esas obras ya no representan en la actualidad a la iglesia de Cristo que comprada con sangre.

¿Quién lo hará?

Si la iglesia se desvía hacia alguna tarea menor que la de predicar el Evangelio, no hará esto último. Ninguna otra institución está encargada de este trabajo y ninguna otra está dispuesta o es capaz de hacerlo. Quienes nos gobiernan no lo harán. Al menos algunos de ellos busquen cada vez más limitar que lo hacemos. Los de la educación pública y estatal no lo harán. Muchos profesores y la mayoría de los profesores son agnósticos en el mejor de los casos y ateos en el peor. Incluso aquellos que creen en Dios en las escuelas y universidades son efectivamente silenciados por sus superiores y/o por la política oficial de lo “políticamente correcto”. El objetivo principal de muchos profesores universitarios parece ser la destrucción de la fe en sus estudiantes. Las grandes empresas no predicarán el Evangelio. Lo único que le importa es obtener ganancias. El llamado “mundo creyente” del denominacionalismo es incapaz de hacerlo. No sabe qué es el Evangelio; por eso existe el denominacionalismo.

Conclusión

Si la iglesia deja la obra de predicar el Evangelio al mundo, es muy posible que no haya Evangelio. El mundo no estará menos perdido en ambos casos, porque carecerá del único poder para salvar (Romanos 1:16). Una cosa es darnos cuenta de cuál es la obra de la iglesia, pero debemos actuar sobre esta realidad. Los ancianos deben mantener este objetivo central al dirigir congregaciones. Los predicadores no deben perder de vista este imperativo en su predicación y en todo su trabajo. Como individuos que conformamos las iglesias locales, también debemos comprometernos diariamente en esta obra más grande y duradera de acuerdo con nuestros respectivos niveles de capacidad y oportunidad.

[**Nota:** Escribí este manuscrito para mi columna “Perspectiva Editorial” y se publicó en la edición de junio de 2002 de *THE GOSPEL JOURNAL*, una publicación mensual de 36 páginas de la cual yo era editor en ese momento.]

Atribución: Tomado de *TheScripturecache.com*; Dub McClish, propietario y administrador.

Traducido por: Jaime Hernandez.